

JOSÉ AGUSTÍN GOYTISOLO

# Mujer y lenguaje

En un anterior artículo, "La palabra y el hombre", publicado recientemente en este periódico, abordé el tema del origen de la lengua, hablada, escuchada y entendida, como punto de partida del desarrollo de la inteligencia, aun antes de la aparición de la escritura. Hoy me meto por otra selva oscura, muy controvertida, estudiada y apasionante, que es el tema de la lengua de la mujer. ¿Existe esa lengua?

Es sabido que las estructuras lingüísticas son la expresión de estructuras sociales, y que las muy diversas y abundantes estructuras sociales tienen un rasgo común: reflejan el poder; y siempre el poder del hombre sobre la mujer. Desde la desaparición de las diosas del Panteón primitivo, y aun antes, las religiones monoteístas de "un solo dios-hombre", significaban que el hombre, que hace a su dios a su imagen y semejanza, y no al revés, ya había establecido su poder sobre la o las mujeres.

La cuestión del sexismo masculino es clara, como veremos: la estructura de cualquier lengua, tal lo señaló Margart Mead, es, desde el punto de vista antropológico y gramatical, diáfanoamente antifeminista, o machista, como suele decirse y no siempre con acierto. Mi buena amiga la doctora Carme Plaza señaló que, en la celebración del cincuentenario del suicidio de la excepcional novelista Virginia Woolf, multitud de escritos, reseñas y ensayos sobre ella, y también sobre el papel de la mujer en la literatura y en la sociedad, eran casi todos feministas, incluido uno mío, "Flush' y las mujeres", despertaron el tema de la lengua de la mujer, pero sólo aplicable al idioma literario, que en la mujer es más desinhibido y elaborado que el hablado.

La frecuencia y normalidad de las expresiones sexistas, oculta el clamoroso carácter masculino del lenguaje: mujer es ser "humano", de "homo", hombre; si yo hablo de los hombres que poblaron Cataluña el siglo XI, me refiero a hombres y mujeres, claro; igual que "humanidad" es el conjunto de hombres y mujeres que habitamos este planeta.

Otro caso: yo, José Agustín, estoy en compañía de Carmen, de Pilar, de Amalia, de Paloma, de Inmaculada y de Montserrat en un bar, y al ver que nos aburre el local, digo tranquilamente: "¿Por qué no nos vamos 'todos' al Universal?".

El castellano, y me remito de nuevo a Carmen Plaza, es, en cierto caso, más cruel aún que el catalán, que lo es mucho: tiene el "nosotros" y el "vosotras" y viceversa que el catalán salva con el "nosaltres" ambisexual.

En el léxico, como veremos, asombro y vergüenza. Expresiones sobre el macho ibérico: hombre de honor, hombre de bien; hombre de talento; hombre de mérito; hombre de negocios; hombre de corazón; hombre de mundo... La hembra humana ibérica: es "ya" una mujer

(menstrúa); mujer de su casa; mujer ligera de cascos; mujer coqueta; mala mujer; "mi" mujer; mujer-sargento de la Guardia Civil; y "tengo" a mi mujer enferma...

Sigo: hombre público-mujer pública; hombre de mundo-mujer movediza... Más aún: "mujer=señora o señorita" (soltera), "hombre=señor", pues señorito muestra una relación de criada o jornalero hacia un hombre, el patrono, sea casado, soltero, niño o anciano.



AVALLONE

Y la perla: la "señora" de Molina, pues muchas veces se desconoce el apellido de la tal "señora de".

Y sigo más aún. Cuando se compara, casi siempre de forma insultante, a una mujer con un animal, hallamos epítetos curiosos: zorra, perra, mula, urraca, loba, tigresa, coneja, hormigueta laboriosa, ballena... Las expresiones que las comparan a las plantas son también notables: las mujeres deben ser dulces y calladas, como las peras; picantonas, como la guindilla; calientes, como patata a la brasa; las tetas como melones, como limoncillos o, catástroficamente, como berenjenas...

Los esfuerzos empleados en lograr una lengua común a los dos sexos obtuvieron algunos avances, pero deben continuar. En Italia, legalmente, ya no existen "le signorine", todas son "signore". Pero hay que repetir que, si no se produce un cambio en la estructura social

masculina (me gusta más oponer masculinismo a feminismo, pues en caso contrario debería hablarse de machismo y hembrismo).

Un matiz diferente a la lengua sobre y para las mujeres, de la que he escrito hasta aquí, es el llamado "lenguaje femenino", concepto resbaladizo y sobre el que hay diversas y hasta encontradas opiniones: desde la dificultad de sistematizar su estudio hasta la voluntariosa y a veces ingenua intuición de su existencia, aún por demostrar científicamente.

Porque resulta que, para acceder al mundo del trabajo, de la administración o del comercio, la mujer utiliza, en general, el lenguaje masculino, el culto, el de prestigio. Pero ese lenguaje no es el de la mujer, y le es incómodo.

Entonces ocurre un extraño fenómeno: la mujer se empeña y consigue, muchas veces, emplear el lenguaje masculino con más pureza y corrección que los hombres, pero no resulta tan "suelto" como el de ellos. Como dice Sheila Rowbotham, tal actitud demuestra inseguridad y complejo de inferioridad, que también se vuelve falsa cortesía, en frase de Robin Lakoff.

En un trabajo de campo, realizado por la doctora Plaza, en un pequeño pueblo de unos 450 habitantes llamado Barberà de la Conca, se preocupa de la diferencia y las características del lenguaje femenino, muy distinto entre el grupo que ha sobrepasado los 30 años del empleado por las más jóvenes, que tienen unos conocimientos, estudios y comportamiento vital muchas veces opuesto. El empleo de la grabación "pirata", con un pequeño magnetofón oculto, le ha proporcionado ejemplos en catalán, que yo trasladaré al castellano cuando pueda, y que no se corresponden muchas veces con el original catalán.

Fonéticamente, el tono del lenguaje femenino es agudo, la entonación es más melódica y a veces hasta afectada; es notable el empleo de eufemismos sustituyendo a las "palabrotas" masculinas, y el empleo de frases hechas como si fueran exclamaciones: ay, la hija; ay, hija; qué cosas; estoy hasta el moño...

Léxicamente, hay palabras de uso casi exclusivo en el lenguaje de las mujeres: es "mono"; es "cucú", es "un cielo". A remarcar la existencia de frases y palabras vejatorias, que las mujeres emplean contra otras mujeres: es una "maula"; es un "caballote"...

Gramaticalmente, en el lenguaje femenino abundan frases que expresan inseguridad, pues son formulaciones que esperan aquiescencia: "¿Hace frío, no?", "¿Verdad que sí?" Carmen Riera señala que ese tipo de frases ha pasado al habla de políticos y oradores: "Yo diría que...", y no sólo te lo dice, sino que te machaca con este falso condicional de cortesía que es de pésimo gusto. Tanto la lengua de la mujer como el lenguaje femenino, que he intentado mostrar como un apunte de pintor, representa un vastísimo retablo que un día me gustaría poder empezar a realizar. ●